

DON MARCELO Y EL SEMINARIO

Se cumplen cuatro años de la muerte de don Marcelo, hoy, 25 de agosto. Y podríamos detenernos en muchos aspectos de un pontificado que ha sido rico en realizaciones, colocando la diócesis de Toledo en el nivel de una de las mejores diócesis del orbe católico. Don Marcelo ha estado a la altura de los grandes arzobispos que han ocupado



la sede primada, Gil de Albornoz, Mendoza, Cisneros, etc. Pero entre todas las obras realizadas, don Marcelo ha destacado en la restauración del Seminario, donde se han formado más de cuatrocientos curas durante su pontificado y después otros tantos por el impulso dado a través de él a esta institución, en una época de fuerte escasez vocacional en España y en Europa.

Cuando se habla del Seminario de Toledo, normalmente se piensa que éste gozaba de cierta vitalidad a la llegada de don Marcelo a Toledo en 1972. No es así. La crisis del inmediato postconcilio (que no tenía nada que ver con el Concilio) había dejado el Seminario

de Toledo en trance de extinción. Son mis años de seminarista, y soy testigo de todo aquello, como lo soy también de la gran obra realizada por Dios en las décadas posteriores. El Seminario de Toledo estaba a punto de cerrarse, por la desbandada de seminaristas que no veían un futuro de entusiasmo para su posible vocación. Se proponía el celibato opcional, el ministerio a tiempo parcial por parte de funcionarios civiles que dedicaran el fin de semana a estas tareas, se presentaba un ideal de sacerdocio que no podía ilusionar a ningún joven. Las autoridades académicas civiles acudieron al nuevo arzobispo para pedirle el gran edificio del Seminario para un centro universitario que necesitaba la ciudad de Toledo. Don Marcelo respondió que el edificio del Seminario se quedaría pequeño para albergar a los seminaristas que habían de venir, como así fue.

¡Cuánta esperanza en el corazón de este hombre! Sus ojos no veían más que ruinas, su amor a la Iglesia por el contrario divisaba un futuro pletórico de frutos en el campo vocacional. Dar sacerdotes a la Iglesia constituía para él una verdadera obsesión. Y se puso manos a la obra, publicando su célebre pastoral «Un Seminario nuevo y libre. ¿Más sacerdotes o más seglares?» (1973). No faltaron dificultades de dentro y de fuera de la diócesis. El giro que don Marcelo imprimió fue criticado por propios y extraños. Dimisiones, plantas, notas a la prensa, etc. Le dejaron solo en muchos sentidos. Pero él se sentía con la Iglesia, con el Papa, con su Magisterio, con el verdadero Vaticano II, a costa de ser tildado con todos los adjetivos con los que hoy como ayer se califica a

quien quiere ser fiel a la Iglesia. Tampoco le faltaron excelentes colaboradores, buenos profesores, santos directores espirituales, prudentes superiores-formadores para su Seminario. Don Marcelo sufría y amaba en silencio, marcando claramente una pauta, que tantos y tantos han sabido agradecerle entonces y después. A lo largo de la década de los setenta, en plena debacle sacerdotal, él iba convirtiéndose en un punto de referencia cada vez más necesario en la Iglesia de España. Hoy muchas diócesis de España miran a Toledo como una experiencia aleccionadora en el campo vocacional.

La visita del Papa Juan Pablo II a España en 1982, y concretamente a Toledo, y más concretamente aún al Seminario (contra todo programa, y por voluntad explícita del mismo Papa), reforzó la esperanza en el corazón de don Marcelo. Para entonces el Seminario estaba lleno a rebosar, hasta el punto de tener que abrir además en 1983 otro centro, el Seminario de Santa Leocadia para Adultos, para acoger ambos la incesante afluencia de jóvenes que buscaban ser formados en el espíritu de la Iglesia, en la recta doctrina, en el sentir de la más pura y viva Tradición de la Iglesia. Todo ello produjo un fenómeno positivo de «condensación» de jóvenes muy valiosos en la capital primada. De toda España y de otros muchos lugares querían ir a Toledo. Hoy vemos cómo Toledo ha dado a la Iglesia sacerdotes excelentes, que sirven en casi todas las diócesis de España y en muchas de América latina.

Y de ellos, doce son obispos. Cinco fueron profesores y siete alumnos. Buena prueba de que la formación del Seminario estaba en línea con la Iglesia de siempre, renovada con el impulso del Concilio Vaticano II.

Ese fenómeno de sístole y diástole eclesial se llama don Marcelo. ¡Cómo nos ha enseñado a amar a la Iglesia, a pesar incluso de los pecados de sus hijos! Las puertas del Seminario estaban abiertas a jóvenes procedentes de cualquier parte del mundo. Nunca el Seminario de Toledo ha sido tan universal, con la riqueza eclesial que eso supone. Y las puertas de la diócesis quedaban abiertas para el destino misionero de todos sus sacerdotes. La condensación de sacerdotes bien formados ha vitalizado de tal manera la archidiócesis primada, que en el momento oportuno Toledo ha podido expandirse en la misión ad gentes, asumiendo una Prelatura territorial en Perú, la Prelatura de Moyabamba. Pocas diócesis en el mundo han podido afrontar este reto, que tanto enriquece a la diócesis nodriza. En el origen de esta proeza está la esperanza sin límites de un hombre de Iglesia, a quien le obsesionaba dar sacerdotes, y sacerdotes bien formados, a la Iglesia universal. Es justo que le recordemos con gratitud y elevemos una oración por su eterno descanso. Una vida llena de frutos, esperados con esperanza teologal y contra toda esperanza humana. Una vida llena de lecciones para quienes queremos vivir y morir en la Iglesia, y servirla con todo nuestro corazón. «Dichosos los que han muerto en el Señor... que descansen de sus fatigas, porque sus obras les acompañan» (Ap 14,13).

+Demetrio Fernández

Obispo de Tarazona